



OBRAS **CLÁSICAS** DE SIEMPRE



**El misterio  
del  
valle Boscombe**

**Sir Arthur Conan  
Doyle**  
(1859-1930)

## EL MISTERIO DEL VALLE BOSCOMBE

Sir Arthur Conan Doyle

Mi esposa y yo estábamos una mañana desayunando, cuando la doncella trajo un telegrama. Era de Sherlock Holmes y decía lo siguiente:

*¿Puede usted disponer de un par de días? Acaban de telegrafiarne del oeste de Inglaterra, en relación con la tragedia del valle de Boscombe. Me alegraría mucho que me acompañara. Aire y paisaje perfectos. Salgo de Paddington en el tren de las 11:15.*

—¿Qué dices, queridito? —Interrogó mi esposa mirándome con dulzura—. ¿Vas a ir?

—Realmente, no sé qué hacer. Tengo mucho trabajo por el momento...

—¡Oh!, Anstruther puede hacerlo por ti. Te has puesto un poco pálido últimamente. Creo que el cambio te haría mucho bien. Además, siempre estás muy interesado en los casos del señor Sherlock Holmes.

—Sería un ingrato si no estuviera, pues he ganado bastante a través de uno de ellos —contesté—. Pero si voy a acompañarlo debo apresurarme a empacar, ya que sólo dispongo de media hora.

Mi experiencia en los campamentos de Afganistán había tenido el efecto de hacerme un viajero hábil y rápido. Mis



necesidades eran escasas y simples, así es que en menos del tiempo que tardo en contarlo me encontraba instalado en un coche, ya con mi valija lista, y en camino de la estación Paddington. Allí, Sherlock Holmes daba vueltas de un lado a otro del andén. Su figura alta y delgada parecía aún más alta y más delgada embutida en su gran capote gris, de viaje.

—Ha sido muy amable de su parte el venir, Watson —me dijo—. Es una gran cosa para mí tener alguien con quien poder contar completamente. La ayuda local es casi siempre deficiente e indigna. Si usted tiene la bondad de reservar esos asientos del rincón, yo compraré los boletos.

El coche del ferrocarril estaba exclusivamente a nuestra disposición, excepción hecha de una cantidad inmensa de periódicos y papeles que Holmes había traído consigo. Se dedicó a hojear y leer trozos de ellos, con intervalos dedicados a la meditación y al registro de apuntes, hasta que pasamos Reading. Entonces, repentinamente, enrolló todos los papeles en una bola gigantesca y los subió a la rejilla del equipaje.

—¿Ha oído usted algo sobre el caso? —me preguntó.

—Ni una palabra. Hace varios días que no leo un periódico.

—La prensa de Londres no trae un relato muy completo. He estado leyendo todos los periódicos recientes para obtener detalles sobre el particular. Parece, de lo que he logrado saber, que es uno de esos casos simples en que, por esa razón, todo resulta extremadamente difícil.

—Eso suena un poco paradójico.



–Pero, no obstante, es cierto. Lo extraordinario es casi siempre una pista. Cuanto más vulgar y común sea un crimen más difícil resulta solucionarlo. En este caso, sin embargo, todas las pruebas están en contra del hijo del asesinado.

– ¡Oh! ¿Entonces se trata de un crimen?

– Bueno, se supone que lo es. No voy a aceptar nada como cierto, hasta que haya tenido la oportunidad de examinar personalmente los hechos. En unas cuantas palabras le explicaré el estado que guardan las cosas, hasta donde he podido comprenderlas.

"El valle de Boscombe es un distrito rural no muy lejos de Ross, en Herefordshire. El más grande terrateniente de la región es un tal señor John Turner, el cual amasó su fortuna en Australia y regresó hace algunos años a su patria. Una de las granjas de las que es propietario, conocida como Hatherley, la tenía en explotación un tal Charles McCarthy, quien también estuvo en Australia. Los dos hombres se habían conocido en las colonias, de modo que cuando vinieron a instalarse aquí no es de extrañar que hubieran decidido estar tan cerca como era posible. Turner era, aparentemente, mucho más rico, así es que McCarthy se convirtió en su arrendatario, aunque su amistad, según parece, continuó en términos de perfecta igualdad y se les veía juntos con bastante frecuencia. McCarthy tenía sólo un hijo, muchacho de dieciocho años, mientras que la unigénita de Turner era una muchacha de la misma edad. Los dos hombres eran viudos. Parece que evitaban el contacto con las familias inglesas de los alrededores y vivían de modo aislado, aunque



los dos McCarthy eran muy aficionados a los deportes y con frecuencia asistían a las carreras de caballos de la localidad. McCarthy tenía dos criados: un hombre y una muchacha. Turner se valía de una servidumbre considerable, compuesta de cuando menos seis personas. Esto es todo lo que he podido averiguar acerca de las dos familias. Ahora, observemos los acontecimientos:

"El 3 de junio, o sea el lunes pasado, McCarthy salió de su casa, en Hatherley, aproximadamente a las tres de la tarde, y caminó hacia el estanque Boscombe, que es un pequeño lago formado por el ensanchamiento del río que atraviesa el valle de Boscombe. Esa mañana había ido con su criado a Ross, y le dijo que deberían apresurarse, pues a las tres tenía una cita de importancia. Fue de esa cita de donde no volvió vivo.

"De la casa de Hatherley, en donde vivía McCarthy, al estanque de Boscombe hay un cuarto de milla, y dos personas lo vieron encaminarse en dirección de la pequeña laguna. Una de ellas fue una anciana cuyo nombre no se ha mencionado, y la otra, William Crowder, un guardabosque al servicio del señor Turner. Tanto un testigo como el otro aseguran que el señor McCarthy iba solo. El guardabosque dice que a los pocos minutos de ver pasar al señor McCarthy, se encontró con su hijo, James McCarthy, que iba en la misma dirección y llevaba un rifle bajo el brazo. En su opinión, el padre se encontraba todavía a la vista y parecía ser seguido por el hijo. Sin embargo, no volvió a pensar en el asunto hasta que se enteró de la tragedia ocurrida.



"Los dos McCarthy fueron vistos después de que William Crowder, el guardabosque, los perdió de vista. El estanque de Boscombe está rodeado por espesos bosques, con sólo una franja de césped y juncos en sus orillas. Una chiquilla de catorce años, Patience Moran, hija del encargado de las cabañas para los cazadores, que hay en el valle, se hallaba en un bosque cercano al estanque, recogiendo flores. Asegura que mientras se encontraba allí vio en las afueras del bosque, cerca del estanque, al señor McCarthy y a su hijo, quienes parecían estar enfrascados en una violenta discusión. Oyó al señor McCarthy usar un lenguaje grosero con su hijo y vio a éste levantar la mano como si quisiera golpear al viejo. Se asustó tanto por la violencia de la escena que echó a correr, y al llegar a su casa le dijo a su madre que había visto a los dos McCarthy peleando cerca del estanque de Boscombe y que temía que fueran a terminar a golpes. Apenas acababa de decir eso, cuando el joven McCarthy llegó corriendo para manifestar que había encontrado a su padre muerto en el bosque, y para solicitar la ayuda del cuidador de las casitas. Estaba muy excitado, venía sin rifle y sin sombrero y las personas que lo vieron observaron que llevaba la mano y la manga derecha manchadas de sangre. Al seguirlo, encontraron el cadáver tendido sobre el césped, a un lado del estanque. La cabeza había sido deshecha a golpes con un instrumento pesado y obtuso. Las lesiones parecían haber sido hechas con la culata del rifle de su hijo, que fue encontrado a unos cuantos pasos del cadáver. Bajo estas circunstancias, el joven fue inmediatamente arrestado. Durante el juicio preliminar se le declaró culpable de homicidio. Esto



sucedió el martes. El miércoles fue presentado ante los magistrados de Ross, los cuales han pasado el caso a las autoridades inmediatas. Estos son los hechos principales del misterio que nos ocupa, tal como se han publicado en los periódicos."

—Difícilmente puedo imaginar un caso más endemoniadamente claro. Si alguna vez la evidencia circunstancial ha señalado a un criminal, es a este muchacho.

—La evidencia circunstancial es una cosa muy engañosa —contestó Holmes pensativo—. Parece señalar en forma objetiva hacia una cosa, pero si usted desvía un poco su propio punto de vista, puede encontrar que señala, de un modo igualmente determinado, hacia otra cosa por completo diferente. Debo confesar, sin embargo, que la situación del joven me parece terriblemente comprometedor y es muy posible que sea el culpable. No obstante, hay personas en los alrededores, y entre ellas la señorita Turner, hija del poderoso terrateniente de la localidad, que creen en su inocencia y han recurrido a Lestrade —a quien usted quizá recuerde en relación con el *Estudio en escarlata*— para que resuelva el misterio por su cuenta. Lestrade, que se encuentra desconcertado, ha apelado a mí. De ahí que dos caballeros de edad madura vuelen hacia el oeste a cincuenta millas por hora, en lugar de estar en su casa digiriendo tranquilamente el desayuno.

—Me temo que los hechos son tan obvios que le parecerá a usted que obtiene muy poco crédito al resolver un caso así.



—No hay nada más engañoso que lo obvio —contestó echándose a reír—. Además, quizás encontremos otros hechos obvios que no le han parecido así al señor Lestrade. Usted me conoce demasiado bien para considerarme vanidoso si digo que confirmaré o destruiré la teoría del señor Lestrade, valiéndome de medios que él es incapaz de emplear o de entender. Para tomar el primer ejemplo que tengo a mano, le diré que percibo muy claramente que en la alcoba de usted la ventana está del lado derecho. Sin embargo, dudo mucho que el señor Lestrade hubiera notado una cosa tan evidente.

—Pero, ¿cómo demonios...?

—Mi querido amigo, lo conozco a usted bastante bien. Conozco muy bien la limpieza militar que lo caracteriza. Se afeita todas las mañanas y, en esta época del año, lo hace valiéndose de la luz del día. Pero como noto que su afeitada es menos cuidadosa a medida que su rostro se extiende hacia la izquierda, hasta convertirse en positivamente descuidada al llegar a la mandíbula, me resulta muy claro que esa parte de su habitación está menos iluminada que la otra. No podría imaginarme a un hombre de sus hábitos, examinándose bajo una luz directa y completa y considerándose satisfecho con ese resultado. Sólo le digo esto como un ejemplo trivial de la observación y la deducción. En eso estriba mi oficio y es posible que nos sea de alguna utilidad en la investigación a la que vamos a consagrarnos. Hay uno o dos puntos menores que salieron a relucir durante el juicio preliminar, y son muy dignos de ser tomados en consideración.





—¿Y cuáles son?

—Parece que su arresto no se llevó a cabo de inmediato, sino después del retorno a la granja Hatherley. Cuando el inspector de policía local le dijo que se considerara preso, comentó que eso no le sorprendía, pues no era más que recibir su merecido. Esta observación produjo el efecto natural de borrar toda señal de duda que pudiera quedar en la mente del jurado.

—Fue una confesión —exclamé.

—No; porque a eso siguió su protesta de inocencia.

—Como remate de toda aquella larga cadena de circunstancias en su contra, ese comentario es por demás sospechoso.

—Al contrario, es el rayo de luz más claro que, por el momento, logro vislumbrar entre las opacas nubes. Por inocente que pueda ser, no resulta creíble que sea tan imbécil como para no darse cuenta de que todas las circunstancias están en su contra. Si hubiera aparentado sorprenderse por su arresto, hubiese fingido indignación, lo consideraría mucho más sospechoso, ya que, aunque la sorpresa y la cólera pueden ser muy naturales bajo estas circunstancias, no es menos cierto que a un hombre culpable le habrían parecido la mejor política a seguir. Su franca aceptación de los hechos lo señala como un hombre inocente o como un individuo de considerable firmeza y control de sí mismo. En cuanto al comentario acerca de que lo merecía, resulta perfectamente lógico si consideramos que se encontraba ante el cadáver de su padre y que no hay la menor



duda de que ese día había faltado a sus deberes filiales. Había cruzado duras palabras con su progenitor y, según el importante testimonio de la niña, incluso llegó a levantar su mano con intenciones de pegarle. El arrepentimiento y el autorreproche demostrados por tal conducta me parecen señales de una mente sana y no de un alma culpable.

Yo sacudí la cabeza de un lado a otro, y comenté:

—Muchos hombres han sido colgados con bastante menos evidencia en su contra.

—Así es. Y muchos hombres han sido injustamente colgados por eso.

—¿Qué versión tiene de lo sucedido el propio joven?

—Me temo que no es muy alentadora para quienes tienen fe en él, aunque hay en ella uno o dos puntos sugestivos. Usted mismo puede leer el relato completo.

De entre la pila de periódicos seleccionó un ejemplar de Herefordshire y, dando vuelta a una hoja, señaló el párrafo que contenía la declaración del infortunado joven en relación a lo sucedido. Me instalé en un rincón del asiento y lo leí cuidadosamente. Decía lo siguiente:

“El señor James McCarthy, hijo único del desaparecido, fue entonces llamado a declarar, y explicó lo que sigue: Tenía tres días de estar ausente de casa, en Bristol, y acababa de llegar. Era la mañana del pasado lunes, día 3. Mi padre no estaba en casa cuando llegué y la doncella me informó que había ido a Ross con John Cobb, el criado. Poco después de mi regreso oí las



ruedas de su carruaje en el patio y, al asomarme por la ventana, lo vi bajar y salir rápidamente, aunque no me di cuenta de qué dirección tomaba. Entonces cogí mi rifle y caminé en dirección del estanque Boscombe, con intención de ir a cazar conejos en los bosques cercanos. En el camino vi a William Crowder, el guardabosque, como él ha atestiguado; pero está equivocado al pensar que iba siguiendo a mi padre. Yo no tenía la más leve idea de que él iba delante de mí. Aproximadamente a cien metros del estanque oí un grito de ¡Cuuuui!, que era una señal especial que usábamos papá y yo. Corrí y lo encontré cerca del estanque, de pie. Pareció sorprenderse mucho de verme y me preguntó con cierta brusquedad qué estaba haciendo allí. Su actitud provocó una discusión que nos llevó a usar palabras muy duras y casi a terminar a golpes, pues mi padre era un hombre de genio muy vivo. Al ver que su furia se estaba volviendo incontrolable, me marché y empecé a caminar en dirección de Hatherley. No había avanzado más de ciento cincuenta metros, cuando oí un grito espantoso a mis espaldas, lo que me hizo regresar corriendo. Encontré a mi padre en el suelo, agonizando, con heridas terribles en la cabeza. Dejé caer mi rifle y lo tomé en mis brazos, pero casi inmediatamente expiró. Permanecí arrodillado a su lado varios minutos y luego me dirigí hacia la casa del cuidador de las cabañas, para pedir ayuda. No vi a nadie cerca de mi padre cuando volví a su lado y no tengo idea de quién pueda haberlo matado. No era un hombre popular, debido a la frialdad y altivez de su carácter, pero, hasta donde yo sé, no tenía ningún enemigo declarado. No sé nada más respecto a este asunto.



**El fiscal:** ¿Hizo su padre alguna declaración antes de morir?

**Testigo:** –Murmuró algunas palabras, pero sólo pude entender una alusión respecto a una rata.

**El fiscal:** ¿Qué cree usted con eso?

**Testigo:** No le encuentro ningún significado. Supongo que estaba delirando.

**El fiscal:** ¿Sobre qué cosa tuvieron usted y su padre esa discusión final?

**Testigo:** Preferiría no contestar.

**El fiscal:** Me veo obligado a insistir al respecto.

**Testigo:** Me es realmente imposible decírselo, pero puedo asegurarle que no tuvo ninguna relación con la tragedia que ocurrió después.

**El fiscal:** Eso toca decidirlo a la corte. No necesito hacerle notar que su negativa a contestar pesará considerablemente en su contra en todos los procedimientos que surjan en el futuro.

**Testigo:** A pesar de eso debo seguir negándome a contestar.

**El fiscal:** Tengo entendido que ese grito de ¡Cuuui! era una señal entre su padre y usted, ¿no?

**Testigo:** Así era.

**El fiscal:** ¿Cómo se explica, entonces, que lo lanzara antes de verlo y antes siquiera de saber que había usted vuelto de Bristol?



**Testigo** (con manifiesta confusión): No lo sé.

**Un miembro del jurado:** ¿No vio usted nada que provocara sus sospechas cuando volvió, al escuchar el grito, y encontró moribundo a su padre?

**Testigo:** Nada definido.

**El fiscal:** ¿Qué quiere decir con eso?

**Testigo:** Estaba tan alterado y tan emocionado cuando eché a correr, que no pude pensar en otra cosa que no fuera mi padre. Sin embargo, tengo una vaga impresión de haber visto algo sobre el suelo, a mi izquierda. Me pareció algo de color gris: un abrigo, quizás un capote. Cuando me levanté, después de haber estado inclinado sobre mi padre, y busqué a mi alrededor, había desaparecido.

—¿Quiere decir que desapareció antes de que fuera usted a buscar ayuda?

—Sí, ya no estaba.

—¿No puede decir qué era?

—No; tuve sólo la impresión de que había algo allí.

—¿A qué distancia del cuerpo?

—Aproximadamente, a doce metros.

—¿Y a qué distancia de la orilla del estanque?

—Aproximadamente a la misma.



–Entonces, si fue quitado aquel objeto de allí, eso sucedió a sólo doce metros de usted.

–Sí, pero estaba con la espalda vuelta hacia allá.

Así concluyó el interrogatorio del testigo.

–Ya veo –comenté terminando la lectura– que el fiscal, en sus últimas preguntas, se muestra bastante severo con el joven McCarthy. Hace notar, con toda razón, la discrepancia que existe en que su padre haya hecho la señal convenida entre ellos antes de haberlo visto. También pone de relieve su negativa para dar detalles sobre la conversación que sostuvieron, y su singular relato sobre las últimas palabras de la víctima. Todo esto pesa, como hace notar, en contra del hijo.

Holmes se echó a reír suavemente y se estiró sobre el asiento acojinado.

–Tanto usted como el fiscal se esfuerzan en tratar de manejar a su antojo los puntos más fuertes en favor del muchacho. ¿No se da cuenta de que lo acusan al mismo tiempo de tener exceso y falta de imaginación? Falta, porque no pudo inventar un motivo de discusión que le granjeara las simpatías del jurado; exceso, como para inventar algo tan fuera de lugar como la agonizante referencia a una rata, y el incidente de la prenda desaparecida. No, señor, investigaré este caso desde el punto de vista de que lo que este joven dice es cierto, y veremos a dónde nos conduce esta hipótesis. Y ahora voy a enfrascarme en mi Petrarca de bolsillo. No diremos una sola palabra más



hasta que nos encontremos en la escena del crimen. Almorzaremos en Swindon, adonde creo que llegaremos dentro de veinte minutos.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando por fin, después de atravesar el hermoso valle del Stround y pasar sobre el ancho y brillante Severna, nos encontramos en la simpática población rural de Ross. Un hombre alto, de constitución y facciones férreas y de aspecto desconfiado y tímido, nos esperaba en el andén. A pesar del saco ligero, color marrón claro, y de las guardapiernas de piel que llevaba puestas en deferencia a aquel medio rústico, no me fue difícil reconocer en él al famoso detective Lestrade, de Scotland Yard. Con él nos dirigimos hacia los *Departamentos Hereford*, en donde nos había reservado una habitación.

—He ordenado un carruaje para esta tarde —dijo Lestrade mientras tomábamos una taza de té—. Conozco su carácter activo y comprendo que no estará contento hasta que haya visitado la escena del crimen.

—Fue muy amable de su parte —contestó Holmes—. Pero todo es cuestión de lo que diga el barómetro sobre la presión atmosférica.

Lestrade lo miró lleno de asombro.

—No le comprendo.

—¿Cómo está el barómetro? Veintinueve, ya veo. No hay viento ni se ve una sola nube en el cielo. Tengo una cajetilla llena de cigarrillos que me están invitando a que los fume. El



sofá es muy superior a esos muebles abominables que hay en la mayoría de los hoteles. Por todo ello no creo muy probable que use el carruaje esta noche.

Lestrade se echó a reír, indulgentemente, y dijo:

—Sin duda alguna, usted se ha formado ya sus opiniones muy personales con lo que ha leído en los periódicos. El caso es claro como la luz del día. Desde luego, no se puede negar la ayuda a una dama, sobre todo cuando insiste tanto como la señorita que ha recurrido a nosotros. Ha oído hablar de usted y desea su opinión, aunque le he dicho repetidamente que usted no puede hacer más de lo que ya he hecho yo mismo. ¡Vaya, bendito sea el cielo! Hablando de ella y llega su carruaje.

No había terminado de hablar, cuando ya se encontraba en la habitación una de las jóvenes más lindas que he visto en mi vida. Sus ojos color violeta brillaban intensamente, sus labios estaban entreabiertos y el rubor teñía sus mejillas. Se notaba que la terrible preocupación que la embargaba le había hecho perder toda reserva.

—¡Oh, señor Sherlock Holmes! —gritó mirando de mi amigo a mí. Finalmente, con rápida intuición femenina, se dirigió a mi compañero—. ¡Me alegra tanto el verlo aquí! He venido al pueblo para decírselo. Sé que James no lo hizo. Lo sé y quiero que empiece a trabajar sabiéndolo usted también. No se permita la menor duda al respecto. James y yo nos conocemos desde niños y conozco sus defectos como nadie; pero es demasiado bondadoso de corazón para hacerle daño incluso a





una mosca. La acusación que le hacen es absurda para todo aquel que lo conoce realmente.

—Espero que podamos poner de relieve su inocencia, señorita Turner —dijo Sherlock Holmes—. Puede usted confiar en que haré todo lo que esté de mi parte.

—Pero... usted ha leído la evidencia. ¿Ha sacado alguna conclusión de ella? ¿No nota algún punto que pudiera favorecer a James? ¿Cree usted que sea inocente?

—Me parece que es lo más probable.

—¿Lo ve usted? —Gritó echando hacia atrás su cabeza y mirando con expresión desafiante a Lestrade—. ¡Ya lo oye! Me da esperanzas.

—Me temo que mi colega ha sido un poco precipitado al formar sus conclusiones —comentó Lestrade encogiéndose de hombros.

—Pero está en lo cierto. ¡Oh, yo sé que está en lo cierto! James no hizo eso. Y en cuanto a la pelea con su padre, estoy segura de que la razón de que se niegue a hablar de ella es que se relaciona conmigo.

—¿En qué forma? —preguntó Holmes.

—Bueno, no es momento para ocultar nada. James y su padre habían tenido muchos disgustos respecto a mí. El señor McCarthy estaba muy interesado en que nos casáramos. James y yo siempre nos hemos querido como hermanos, pero, desde luego, él es joven y ha visto muy poco de la vida aún, y... y...



bueno, naturalmente no quería hacer con precipitación una cosa tan seria como ésa. Así que hubo discusiones, pleitos y... bueno, estoy segura de que este altercado era por la misma causa.

—¿Y su padre estaba en favor de esa unión? —preguntó Holmes.

—No; se oponía a ella. Nadie más que el señor McCarthy estaba en su favor —un rápido rubor invadió las frescas mejillas de la joven cuando Sherlock Holmes le dirigió una de sus agudas miradas.

—Gracias por esta información —le dijo—. ¿Podría ver a su padre si lo visito mañana?

—Me temo que el doctor no lo permitirá.

—¿El doctor?

—Sí. ¿No se ha enterado usted? El pobre papá no ha estado muy bien de salud en los últimos años, y esto lo ha destrozado completamente. Ha tenido que guardar cama y el doctor Willows dice que su condición es muy delicada y que su sistema nervioso ha sufrido un terrible sacudimiento. El señor McCarthy era el único hombre de esta región que conoció a papá en su juventud, cuando vivía en Victoria.

—¡Ah! ¡En Victoria! Eso es importante.

—Sí, en las minas.

—Comprendo... en las minas de oro donde, según tengo entendido, el señor Turner hizo su fortuna.

—Sí, es cierto.



—Muchas gracias, señorita Turner. Me ha sido usted extremadamente valiosa como colaboradora.

—Mañana me dirá si ha logrado algo, ¿no? Probablemente irá a la prisión a ver a James, ¿verdad? Si lo hace, señor Holmes, suplico le diga que yo creo en su inocencia y tengo fe en él.

—Lo haré con mucho gusto, señorita Turner.

—Ahora debo volver a casa, pues papá está muy enfermo e insiste en que no lo deje solo. Adiós y que el Señor lo ayude en su empresa.

Salió corriendo de la habitación, tan impulsivamente como había entrado en ella, y pocos instantes después oíamos las ruedas de su carruaje alejándose escandalosamente.

—Estoy avergonzado de usted, Holmes —dijo Lestrade con dignidad, después de algunos minutos de silencio—. ¿Por qué incita esperanzas que va usted a defraudar más tarde? Yo no soy muy tierno de corazón que se diga, pero a eso que hizo usted le llamo una terrible crueldad.

—Creo que ahora sé que estoy en posibilidad de probar la inocencia de James McCarthy. ¿Tiene usted una orden para que podamos verlo en la prisión? —preguntó.

—Sí, pero sólo para usted y para mí.

—Entonces, reconsideraré mi resolución. Creo que saldré esta tarde. ¿Tendremos tiempo de tomar un tren para Hereford y verlo hoy mismo?

—Tiempo de sobra.



—Pues vamos a hacerlo. Watson, me temo que se va a aburrir, pero sólo estaré ausente un par de horas.

Los acompañé hasta la estación y luego me puse a vagar por las callejuelas del pueblo. Al fin regresé al hotel, donde me tendí sobre un sofá y traté de interesarme en una novela de forro amarillo. Sin embargo, el argumento de la historia era tan aburrido, cuando se le comparaba con el profundo misterio ante el cual nos enfrentábamos, y mi atención vagaba tan tercamente de la ficción a la realidad, que acabé por arrojar el libro al otro lado de la habitación y me consagré a examinar los acontecimientos del día.

Suponiendo que la versión del joven fuera absolutamente verídica, ¿qué cosa demoniaca, qué calamidad imprevista y extraordinaria podía haber ocurrido entre el momento en que se separó de su padre y aquel en el que, atraído por sus gritos, acudió a su lado de nuevo, para encontrarlo moribundo? Era algo terrible, espantoso. ¿Qué podía haber sido? ¿La naturaleza de las lesiones no revelaba nada a mis instintos médicos? Toqué la campanilla y pedí que me trajeran el semanario del condado, que contenía un relato preciso y extenso de la investigación.

En la declaración del cirujano se establecía que el tercio posterior del parietal izquierdo y la mitad izquierda del occipital habían sido destrozados por un fortísimo golpe dado con un instrumento obtuso. Marqué el sitio sobre mi propia cabeza. Era perfectamente claro que aquel golpe sólo podía haber sido asestado a la víctima por atrás. Esto, en cierto grado, estaba en favor del joven acusado, pues se le había visto



discutiendo con su padre frente a frente. A pesar de eso, no pesaba demasiado en su favor; resultaba posible que el anciano se hubiera vuelto hacia otro lado cuando su hijo le asestó el golpe mortal. Bueno, valía la pena llamar la atención de Holmes al respecto.

Estaba también la referencia del moribundo a una rata. ¿Qué podía significar? No podía ser delirio. Un hombre que muere de un golpe repentino, difícilmente sufre delirio. No, era más probable que estuviera tratando de explicar a manos de quién había muerto. Pero, ¿qué podía indicar? Me exprimí el cerebro tratando de encontrar alguna explicación.

Entonces pensé en el incidente de la prenda gris que viera el joven McCarthy, y que desapareciera tan misteriosamente. Si lo que decía era verdad, significaba que el asesino, al huir, había dejado caer alguna parte de su vestido, probablemente su gabán, y que tuvo el suficiente valor para volver a rescatarlo, en el instante en que el hijo estaba arrodillado junto a la víctima, de espaldas a él, pero sólo a una docena de pasos. ¡Qué red de misterios e improbabilidades era aquello! No me extrañaba la opinión de Lestrade al respecto, pero, sin embargo, tenía tanta fe en la capacidad de Sherlock Holmes que no podía perder las esperanzas en su creciente convicción de la inocencia del joven McCarthy.

Era ya tarde cuando Sherlock Holmes volvió. Venía solo, pues Lestrade se había quedado en su habitación de un hotel de la ciudad.



—El barómetro sigue muy alto —comentó al sentarse—. Es muy importante que no llueva antes de que podamos observar el terreno. Por otra parte, nos enfrentamos a un hombre demasiado astuto y no quise actuar cuando mi cerebro estaba nublado por el cansancio de un largo viaje. He visto al joven McCarthy.

—¿Y qué supo a través de él?

—Nada.

—¿No pudo arrojar alguna luz sobre el misterio?

—Ninguna. Por un momento me sentí inclinado a pensar que sabía quién lo había hecho y estaba tratando de protegerle. Pero ahora estoy convencido de que se encuentra tan desconcertado como todos los demás. No es un muchacho de aspecto muy inteligente, aunque es guapo y simpático. Y me parece que tiene buen corazón.

—Pero, en cuanto a sus gustos, me parece que no puedo admirarlo si, como sospechamos, se opuso a casarse con una joven tan encantadora como la señorita Turner.

—¡Ah, ésa es una triste historia! El tipo está loco, desesperadamente enamorado de ella; pero hace dos años, cuando era sólo un chiquillo, y antes de que la conociera realmente, pues la joven estuvo en un internado cinco años, fue lo bastante idiota como para caer en las redes de una tabernera de Bristol y casarse con ella en secreto. Nadie sabe una palabra del asunto, mas puede imaginarse lo enloquecedor que le debe haber resultado sentirse presionado para que hiciese lo que él



hubiera dado cualquier cosa por hacer, pero sabiendo que era en absoluto imposible. Fue la desesperación natural que debe producir una situación así lo que le hizo levantar las manos hacia su padre, amenazadoramente, cuando, en su última entrevista, éste insistió en su matrimonio con la señorita Turner. Por otra parte, él no tenía medio alguno de subsistencia independiente y su padre, que era un hombre muy duro, lo habría arrojado de la granja si hubiera sabido la verdad. Fue precisamente con esta tabernera con la que pasó los últimos tres días en Bristol. Su padre no sabía en dónde estaba. Fíjese bien en eso, pues es de gran importancia. Sin embargo, la desventura de su arresto ha derivado una ventura, pues la tabernera, al enterarse por los periódicos de que se hallaba metido en un lío serio y a punto de ser ahorcado, se ha vuelto en su contra y le ha escrito diciéndole que estaba casada anteriormente con un hombre que se encuentra en las Bermudas y que, por lo tanto, su matrimonio con ella fue nulo desde el primer momento. Creo que esa noticia ha consolado al joven McCarthy de todo lo que ha sufrido.

— Pero, si es inocente, ¿quién mató al hombre?

— ¡Ah! ¿Quién? Quiero llamar su atención muy particularmente sobre dos puntos. Uno es que el hombre asesinado tenía una cita con alguien en el estanque, y que ese alguien no podía haber sido su hijo, ya que éste se encontraba ausente y él no sabía cuándo iba a volver. El segundo es que la víctima lanzó el grito de ¡Cuuuui! antes de que supiera que su hijo había vuelto. Éstos son los puntos básicos de los que depende la solución del caso. Y ahora, hablemos sobre



literatura, si tiene la bondad, y dejemos todo este asunto pendiente hasta mañana.

No llovió, como Holmes había predicho, y la mañana siguiente amaneció brillante y sin nubes. A las nueve en punto, Lestrade se presentó con el carruaje y partimos hacia la granja Hatherley y hacia el estanque de Boscombe.

—Hay serias noticias esta mañana —informó Lestrade—. Se dice que el señor Turner, padre de nuestra joven amiga, se ha agravado y que se teme por su vida.

—Supongo que es un hombre anciano —dijo Holmes.

—De poco más o menos sesenta años; pero su salud fue seriamente afectada por la vida en las colonias y desde hace algún tiempo su estado se ha ido empeorando. La muerte de McCarthy tuvo muy mal efecto en él. Habían sido amigos íntimos por años y Turner era, según he sabido, un gran benefactor de McCarthy, pues le concedió las mejores tierras de su región, que forman la granja Hatherley, sin cobrarle nada de renta.

—Hum... eso es muy interesante —comentó Holmes.

—Sí, y lo ayudó de otras mil maneras. Toda la gente de la región habla de las bondades que tuvo para él.

—Comprendo. ¿No les parece un poco singular que este McCarthy, que parece haber tenido muy poco dinero suyo y que estaba muy endeudado moralmente con Turner, haya insistido en casar a su hijo con la señorita Turner, heredera de la gran fortuna de su padre? ¿Y no les sorprende la confianza que





tenía en que la declaración de su hijo era suficiente para obtener la mano de la muchacha, aun a sabiendas de que Turner se oponía a la idea? La hija nos ha dicho todo eso. ¿No deducen nada de ello?

—Otra vez estamos ante las deducciones y las suposiciones —se lamentó Lestrade suspirando con resignación y guiñándome un ojo—. Ya es bastante difícil aceptar los hechos y las realidades, Holmes, para que nos ocupemos de divagaciones y fantasías.

—Tiene mucha razón —asintió Holmes—. Es muy difícil aceptar los hechos, como usted los presenta.

—De cualquier modo, tengo un hecho que parece muy difícil hacerle comprender y aceptar a usted —contestó Lestrade ligeramente acalorado.

—¿Cuál es?

—Que el señor McCarthy, padre, encontró la muerte a manos del señor McCarthy hijo, y que todas las teorías en contrario son simples ilusiones.

—Prefiero las ilusiones cuando son claras, que los hechos concretos cuando resultan oscuros —aseveró Holmes echándose a reír—. Pero, si no me equivoco, esa granja de la izquierda es Hatherley.

—Sí, tiene razón.

Se trataba de un edificio amplio, de aspecto confortable. Era una casa de dos pisos, con techo inclinado. Sus paredes de



pedra gris presentaban grandes manchones amarillentos de líquen. Las contraventanas cerradas y las chimeneas sin humo daban un aspecto deprimente de abandono y soledad, como si todo el peso de la horrible tragedia hubiera caído sobre el edificio. Una vez que nos encontramos en el interior. Holmes pidió a la criada le mostrara las botas que su amo llevaba en el momento de su muerte, así como unas de su hijo, aunque en este caso no fueran las que usara la tarde de la tragedia. Después de medir las botas desde siete u ocho ángulos diferentes, Holmes pidió que lo llevaran al patio, desde donde todos partimos siguiendo el polvoso sendero que conducía al estanque de Boscombe.

Sherlock Holmes se transformaba en otro hombre cuando se encontraba sobre una pista como ésta. Quienes hubiesen visto solamente al pensador profundo y al lógico de Baker Street, difícilmente lo habrían reconocido. Su rostro se enrojecía y adquiría una expresión muy seria. Sus cejas se fruncían hasta convertirse en dos espesas líneas negras y sus ojos brillaban como acero bajo de ellas. Llevaba los hombros inclinados, los labios contraídos y las venas de su largo cuello destacaban de la piel como zigzagueantes culebras azulosas. Sus fosas nasales parecían dilatarse como las de un sabueso cuando va olfateando una pista, y su mente estaba tan absolutamente concentrada en el asunto que lo ocupaba que cualquier pregunta o comentario que se le hiciera no era registrado por sus oídos, o en el mejor de los casos sólo provocaba un gruñido de impaciencia como toda respuesta. Rápida y silenciosamente avanzó por el sendero que atravesaba bosquecillos y arboledas



hasta internarse en los bosques, ahora espesos y oscuros, que rodeaban el estanque de Boscombe. Era un terreno húmedo y pantanoso, como el de toda esa región, y había señales de muchos pies, tanto en el propio sendero como entre el césped que bordeaba éste a ambos lados. Algunas veces, Holmes echaba a correr; otras, se detenía por largo rato, y hubo un momento en que hizo una pequeña incursión hacia la arboleda. Lestrade y yo caminábamos detrás de él: el detective, con expresión indiferente o despreciativa; yo, con el profundo interés derivado de la convicción de que cada una de sus acciones iba dirigida hacia un fin definido.

El estanque de Boscombe, que es una pequeña extensión de agua bordeada por junquillos, está situado en los límites entre la granja Hatherley y el parque privado del rico señor Turner. Más allá de los bosques que se extendían al lado sur del estanque, podíamos ver los remates de las torrecillas rojas que sugerían la esplendidez de la casa del poderoso terrateniente. Del lado del estanque correspondiente a Hatherley, el bosque era muy espeso y había una estrecha cinta de hierba húmeda, de aproximadamente veinte pasos de ancho, entre el sitio en que terminaban los árboles y los junquillos que bordeaban el estanque. Lestrade nos mostró el punto exacto en que fuera encontrado el cadáver. El terreno era tan húmedo que yo podía ver con claridad las huellas que había dejado la caída del hombre asesinado. Holmes, según notaba yo en sus ojos brillantes y su rostro ansioso, podía leer muchas otras cosas en la hierba húmeda y aplastada. Corrió de un lado a otro, como



un perro que siguiera la pista de un olor, y de pronto se volvió a Lestrade.

– ¿Qué fue usted a hacer al estanque? – preguntó.

– Estuve hurgando el fondo con un rastrillo, pensando que podría encontrar un arma o alguna otra cosa de interés. Pero... ¿cómo diablos supo que...?

– ¡Oh! No tengo tiempo de explicar. Ese pie izquierdo de usted, que siempre lleva torcido hacia adentro, se ve por todas partes. Hasta un ciego podría seguirlo. Y allí se desvanece entre los juncos. ¡Oh, qué simple habría sido todo si hubiera llegado yo antes de que pasara esta manada de búfalos de la policía, para borrar lo más interesante! Aquí están las huellas del primer grupo que vino con el encargado de las casitas del bosque, y que borró todas las huellas en dos o tres metros a la redonda del cadáver. Pero aquí hay tres rastros diferentes, de las mismas pisadas –extraje una lupa y se arrodilló para ver mejor. Empezó a monologar en voz alta, más que a hablar con nosotros–. Éstas son las pisadas del joven McCarthy. Dos veces caminó y una corrió con tanta rapidez que las suelas de sus zapatos están profundamente marcadas, pero los tacones casi no son visibles. Esto apoya su versión de lo sucedido. Corrió al ver a su padre en el suelo. Aquí están las pisadas del viejo McCarthy mientras daba vueltas de un lado a otro. ¿Qué es esto? Es la culata del rifle, apoyada en el suelo mientras el hijo escuchaba. ¿Y esto? ¡Ja, ja! ¿Qué tenemos aquí? ¡Pisadas! ¡Más pisadas! ¡Punta cuadrada... son botas un poco raras! Vienen,



van, vienen de nuevo... desde luego, regresaban en busca de la prenda de vestir. ¿De dónde proceden?

Corrió de un lado a otro, algunas veces perdiendo y otras encontrando la pista, hasta que nos llevó a la orilla del bosque y quedamos bajo la sombra de una gran haya, el árbol más grande allí existente. Holmes rodeó el tronco del árbol hasta colocarse del lado opuesto, se tendió de nuevo en el suelo, con el rostro muy pegado a éste, y lanzó un grito de satisfacción. Por largo tiempo permaneció allí, levantando hojas y ramas secas, guardando en un sobre lo que a mí me pareció simple polvo común, y examinando con la lupa, no sólo el suelo sino hasta la corteza del árbol, a tanta altura como le fue posible alcanzar. Una piedra se encontraba entre el musgo que rodeaba el árbol. Holmes la levantó, la examinó cuidadosamente y la conservó en su poder. Entonces siguió un sendero a través del bosque, hasta llegar al camino principal, en donde las huellas se confundían con muchas otras.

—Ha sido un caso de considerable interés —comentó volviendo a sus modales naturales—. Me imagino que esa casa gris de la derecha debe ser la cabaña del encargado del bosque. Creo que iré a charlar con Moran y probablemente a escribir una nota. Una vez que haga esto, nos iremos a almorzar. Pueden irse hacia el coche, yo estaré con ustedes dentro de unos momentos.

Diez minutos después nos encontrábamos otra vez en el interior de nuestro carruaje, en dirección a Ross. Holmes



todavía llevaba consigo la piedra que había recogido en el bosque.

– Esto puede interesarle, Lestrade – comentó extendiéndole la piedra –. El asesinato fue cometido con ella.

– No veo ninguna huella.

– No la hay.

– Entonces, ¿cómo sabe que es el arma homicida?

– La hierba crecía bajo ella. Eso significa que tenía poco tiempo de estar allí. No había señales del lugar de donde fue tomada. Además, corresponde con las lesiones y no hay ninguna señal de otra arma.

– ¿Y el asesino?

– Es un hombre alto, zurdo, que cojea de la pierna derecha. Usa botas de suela muy gruesa con puntas cuadradas; usa un capote gris, fuma cigarros de la India, con boquilla, y tiene un cortaplumas sin filo. Hay otros muchos indicios, pero creo que éstos le bastarán para encontrarlo.

Lestrade se echó a reír.

– Me temo que sigo siendo un escéptico – dijo –. Todas esas teorías están muy bien, pero vamos a enfrentarnos con un jurado británico de ideas muy realistas.

– ya veremos – contestó Holmes tranquilamente –. Usted siga su propio método y yo seguiré el mío. Estaré ocupado esta tarde y probablemente volveré a Londres en el tren nocturno.



– ¿Va a dejar su caso inconcluso?

– No, perfectamente concluido.

– Pero, ¿el misterio?

– Está resuelto.

– ¿Quién es el criminal?

– El caballero a quien he descrito.

– Pero, ¿quién es él?

– Seguramente no le va a ser muy difícil averiguarlo. Éste no es un condado muy populoso.

Lestrade se encogió de hombros, y confesó:

– Soy un hombre práctico y no puedo dedicarme a registrar toda la región buscando un caballero zurdo con una pierna enferma. Me convertiría en el hazmerreír de Scotland Yard.

– Muy bien –dijo Holmes tranquilamente–. No puede negar que le he dado una oportunidad de echar mano al asesino. Hemos llegado a su hotel. Adiós; le escribiré unas líneas antes de marcharme.

Después de dejar a Lestrade en su hotel, nos dirigimos al nuestro, en donde encontramos ya el almuerzo servido. Holmes comió en silencio, sumido en profundos pensamientos. Su rostro tenía una expresión dolorosa, como la de una persona que se encuentra en una posición difícil.

– Venga, Watson, siéntese aquí y déjeme explicarle algo –me invitó cuando retiraron la mesa–. No sé qué hacer y su



consejo puede serme muy valioso. Encienda un habano y escúcheme.

– Estoy listo.

– Bueno. Al examinar este caso encontramos dos puntos en el relato del joven McCarthy que nos impresionaron instantáneamente: a usted en su contra y a mí en su favor. Uno era el hecho de que su padre había gritado, antes de verlo, la señal conocida sólo por ellos. El otro era la singular referencia del moribundo a una rata. Según sabemos, murmuró varias palabras, pero eso fue todo lo que su hijo escuchó. Desde este doble punto debe iniciarse nuestra investigación, presumiendo que lo que el muchacho ha dicho sea absolutamente cierto.

– Entonces, ¿qué significó ese grito?

– Bueno, obviamente no podía ser dirigido al hijo. Su hijo, hasta donde él sabía, se hallaba en Bristol. Fue una simple coincidencia que el muchacho lo escuchara. El ¡*Cuuui!* estaba destinado a atraer la atención de la persona con quien tenía la cita. Ese grito es peculiarmente australiano y sólo es usado entre los australianos. Por tanto, podemos presumir que la persona a quien McCarthy esperaba en el estanque de Boscombe era alguien que había estado en Australia.

– ¿Y qué me dice de la rata?

Sherlock Holmes extrajo de su bolsillo un papel doblado y lo extendió en la mesa.



—Éste es un mapa de la colonia de Victoria, en Australia. Anoche lo mandé pedir a Bristol —extendió su mano sobre parte del mapa—. ¿Qué lee usted aquí?

—ARRATA —leí.

—¿Y ahora? —levantó la mano.

—BALARRATA.

—Exactamente. Esa era la palabra que quería decir el señor McCarthy y de la cual su hijo sólo escuchó las dos últimas sílabas. Estaba tratando de decir el nombre de su asesino: Fulano de Tal, de Balarrata.

—¡Es maravilloso! —exclamé.

—Es simplemente obvio. Y ahora, como ve usted, he estrechado considerablemente nuestro campo de acción. La posesión de una prenda de vestir de color gris fue un tercer punto que, de ser verídica la declaración del hijo, podía considerarse como una certidumbre. Ahora hemos salido de lo impreciso a lo definido. Tenemos un australiano de Balarrata, con un capote gris.

—Así es.

—Y un individuo perfectamente familiarizado con el distrito, pues sólo se puede llegar al estanque a través de la granja de McCarthy o de la propiedad del señor Turner, en donde habría sido muy difícil que anduviera un desconocido.

—Es verdad.



– Ahora llegamos a nuestra expedición de hoy. Examinando el terreno obtuve esos detalles que le di a ese imbécil de Lestrade, referentes a la personalidad del criminal.

– ¿Cómo los obtuvo?

– Ya conoce mis métodos. Se fundan en la observación de las trivialidades aparentes.

– Ya sé que su altura la puede calcular por el largo de sus pisadas. También las botas pudieron ser definidas por las huellas que dejaron; pero, dígame usted, ¿cómo le hizo para saber que cojeaba?

– La impresión de su pie derecho era siempre menos clara que la de su izquierdo. Apoyaba menos el peso sobre ese pie. ¿Por qué? Porque cojeaba.

– ¿Y cómo supo que era zurdo?

– Usted mismo se extrañó de la naturaleza de las lesiones, según fueron explicadas por el cirujano durante la investigación. El golpe fue asestado por atrás y, sin embargo, cayó sobre el lado izquierdo de la cabeza de la víctima. ¿Cómo pudo ser eso, a menos que hubiera sido asestado por un zurdo? Había estado de pie detrás del árbol durante la entrevista entre el padre y el hijo. Hasta estuvo fumando allí. Encontré la ceniza de un cigarro, y mis conocimientos especiales sobre las cenizas del tabaco me permitieron decidir que se trataba de un cigarro de la India. Como usted sabe, he dedicado mi atención a este asunto y he escrito una pequeña monografía sobre las cenizas de ciento cuarenta variedades de tabaco de cigarrillo, habano y



pipa. Después de encontrar la ceniza, miré a mi alrededor y descubrí la colilla entre el musgo donde había sido arrojada. Era un cigarro indio, de la variedad que se manufactura en Rotterdam.

– ¿Y la boquilla?

– Noté que el extremo del cigarro no mostraba señales de haber estado en su boca. Por lo tanto, usó una boquilla. La punta había sido cortada, no mordida, pero el corte estaba mal hecho, por lo que deduje que habían usado un cortaplumas de poco filo.

– Holmes, ha tendido usted una fina red alrededor de este hombre, de la cual no puede escapar. Y ha salvado a un inocente tan realmente como si hubiera cortado la cuerda que lo estaba ahorcando. Ya veo la dirección hacia la cual señalan todos estos puntos. El culpable es...

– El señor John Turner – gritó el mozo del hotel, abriendo la puerta de nuestra sala para anunciar al visitante.

El hombre que entró era una figura extraña e impresionante. Caminaba rengueando. Sus pasos irregulares y sus hombros caídos le daban apariencia de decrepitud; sin embargo, sus facciones duras, cruzadas por profundas y numerosas arrugas, y sus miembros enormes mostraban que poseían una extraordinaria fortaleza física y de carácter. Su espesa barba, su cabello gris y sus prominentes y enmarañadas cejas daban a su apariencia un aire de dignidad y de poder, pero su rostro tenía una palidez ceniza, mientras sus labios y las aletas de su nariz



mostraban un tinte azulado. Me bastó una sola mirada para darme cuenta de que se encontraba en las garras de una enfermedad crónica y mortal.

—Le suplico que se siente en el sofá —invitó Holmes gentilmente—. ¿Recibió usted mi nota?

—Sí, el encargado de las casitas del bosque me la trajo. Decía usted en ella que me quería ver aquí, para evitar todo escándalo.

—Pensé que la gente hablaría si iba a buscarlo a su casa.

—¿Y para qué desea verme? —miró a mi compañero con la desilusión pintada en sus ojos cansados, como si su pregunta estuviera ya contestada.

—Sí —afirmó Holmes contestando a la mirada más que a las palabras—. Así es. Sé todo lo que pasó entre usted y McCarthy.

El anciano ocultó el rostro entre las manos, y gimió:

—¡Que Dios me perdone! Pero les aseguro que no hubiera dejado que el joven pagara por mi culpa. Les doy mi palabra de que habría hablado si la corte lo declaraba culpable.

—Me alegra oírle decir eso —aseguró Holmes con gravedad.

—Habría hablado desde ahora, si no hubiera sido por mi querida niña. Le destrozará el corazón saber que he sido arrestado.

—Quizá no tengamos necesidad de llegar a eso —dijo Holmes.



— ¡Qué!

— Yo no soy agente oficial. Tengo entendido que fue su propia hija quien solicitó mi presencia aquí y estoy actuando en su nombre... Pero el joven McCarthy debe ser liberado.

— Soy un hombre que agoniza. Hace años que sufro de diabetes. Mi doctor dice que es muy difícil que viva un mes más. Sin embargo, preferiría mejor morir bajo mi propio techo que en la cárcel.

Holmes se levantó y se sentó a la mesa, con la pluma en la mano y varias hojas de papel frente a él.

— Cuéntenos la verdad — propuso—. Yo anotaré lo que nos diga. Lo firmará a modo de confesión, y Watson nos puede servir de testigo. Puedo presentar su confesión, sólo como último recurso para salvar al joven McCarthy. Le prometo que no la usaré a menos que sea absolutamente necesario.

— Está bien. Es muy difícil que sobreviva hasta el final del juicio, así es que me importa muy poco que sepa la verdad, por mí. Pero preferiría ahorrarle a Alice esta impresión. Y ahora les aclararé todo. Es una larga historia, pero la acortaré.

"Ustedes no conocieron a este hombre: McCarthy. Era la personificación del demonio. Esa es la verdad. Dios los libre de estar en las garras de un hombre como él. Sus tenazas han estado sobre mí durante veinte años, durante los cuales hizo de mi vida un infierno. Les contaré cómo fue que llegue a estar en su poder.



"Hace unos treinta años trabajaba yo en las minas. Entonces era un hombre joven, ardiente y desenfrenado, dispuesto a hacer cualquier cosa que produjera dinero. Tuve malas compañías, me dio por beber y, como mi trabajo no me producía el dinero que yo ambicionaba, me di a la mala vida. En una palabra, me convertí en lo que ustedes llamarían aquí un salteador de caminos. Formamos un pandilla de seis y llevamos una vida libre y salvaje, asaltando las diligencias de vez en cuando o deteniendo los vagones del ferrocarril que iba a las minas. Me conocían como Black Jack, de Balarrata, y nuestro grupo aún es recordado en la colonia como la pandilla de Balarrata.

"Un día, un convoy cargado de oro salió de Balarrata en dirección a Melbourne. Lo esperamos y lo atacamos. Lo venían custodiando seis soldados y nosotros éramos también seis, así que la lucha fue limpia, sin ventaja. Nosotros matamos a cuatro de ellos y ellos a tres de nosotros. Yo dirigí mi pistola a la cabeza del conductor del vagón, que era este individuo McCarthy. No saben cuánto me arrepiento ahora de no haberlo matado. Le perdoné la vida, aunque vi sus ojos perversos fijos en mi rostro como si quisiera recordar cada una de mis facciones. Escapamos con el oro, nos convertimos en hombres ricos y logramos venir a Inglaterra sin que se sospechara de nosotros. Aquí me separé de mis viejos amigos y decidí sentar cabeza y llevar una vida tranquila y respetable. Compré esta enorme propiedad y me dediqué a hacer todo el bien posible con mi dinero, como compensación a la forma en que lo había obtenido. Me casé y aunque mi esposa murió joven, me dejó a



mi adorada Alice. Aunque era sólo una nena, su mano pequeñita pareció conducirme por el buen camino como ninguna otra cosa había logrado hacerlo. En una palabra, inicié una nueva vida y traté en lo posible de compensar mis errores pasados. Todo fue bien hasta que McCarthy cerró sus garras en torno mío.

"Había ido a la ciudad a realizar una inversión, cuando lo encontré en Regent Street, prácticamente desnudo y descalzo.

"— Aquí estamos, Black Jack — me dijo tocándome el brazo—. Seremos tu familia de ahora en adelante. Somos dos, mi hijo y yo, y puedes encargarte de nosotros. Si no lo haces... yo me encargaré de que todo el peso de la ley caiga sobre ti. En Inglaterra hay siempre un policía al alcance de la mano.

"Bueno, me siguieron hasta aquí, pues no había modo de que yo me librara de ellos, y McCarthy me exigió las mejores tierras, que tuve que concederle sin cobrarle nada. No hubo para mí paz, ni descanso, ni olvido; hacia donde quiera que volviera los ojos, tenía su rostro astuto y sonriente frente a mí. Las cosas empeoraron cuando Alice creció, pues McCarthy se dio cuenta de que yo temía más que llegase ella a saber mi pasado a que lo supiera la policía. Todo lo que me pidió tuve que dárselo sin vacilar... tierra, dinero, casas... hasta que por último me pidió algo que no podía concederle. Me pidió a mi hija.

"Su hijo, como han visto, había crecido, al igual que mi hija. Todos sabían que mi salud era delicada y a McCarthy le pareció una buena idea que su hijo se convirtiera en dueño y señor de todas mis propiedades. Pero en ese punto me mostré



inexorable. No podía permitir que su sangre maldita se mezclara con la mía. No era que el muchacho me disgustara, pero la sangre de McCarthy corría por sus venas y eso era suficiente para mí. Me mostré firme. McCarthy me amenazó. Le dije que hiciera lo que quisiera. Debíamos encontrarnos en el estanque, a la mitad del camino entre nuestras casas, para discutir por última vez la cuestión.

"Cuando llegué lo encontré hablando con su hijo, así es que me puse a fumar y esperé detrás de un árbol hasta que estuviera solo. Pero a medida que lo oía hablar me iba invadiendo una cólera sorda y negra, que no podía controlar. Urgía a su hijo a casarse con mi niña, con tan poca consideración respecto a lo que ella pensara, cual si se tratara de una mujerzuela. Eso me enloqueció y no pude soportar la idea de que lo que más quería en el mundo estuviera en poder de un hombre así. ¿Cómo podía romper las cadenas que me unían a él? Yo era un hombre moribundo, invadido de la más terrible desesperación. Aunque mi mente está clara y mi cuerpo fuerte, sé muy bien que mi destino ha sido marcado ya. Pero podía salvar a mi hija y a mi honra si callaba para siempre aquella lengua viperina. Y lo hice, señor Holmes. Y lo haría otra vez. Por mucho que haya pecado, la vida de martirio que me hizo llevar este hombre ha sido un castigo más que justo. Pero el que mi hija fuera arrastrada a la desventura por mi culpa era más de lo que podía soportar. Lo golpeé sin más compasión de la que hubiera sentido al pisar un animal venenoso. Su grito atrajo a su hijo. Sin embargo, yo había llegado ya al refugio del bosque, aunque me vi obligado a volver para recobrar el capote





que se me había caído en la fuga. Esa es la historia verdadera, caballeros, de todo lo que ocurrió."

—Bueno, no me toca a mí juzgarlo —explicó Holmes cuando el viejo firmó la confesión de su crimen—. Espero que nunca nos veamos expuestos a una situación como la de usted.

—Yo también lo espero así, señor. ¿Y qué intenta hacer conmigo?

—En vista de su estado de salud, nada. Usted mismo se da cuenta de que pronto tendrá que responder por sus acciones ante un juez más alto que todas nuestras cortes. Conservaré su confesión, y si McCarthy es condenado, me veré obligado a usarla. Si no es así, no permitiré que nadie la vea jamás. Su secreto, sea que esté usted vivo o muerto, quedará entre nosotros.

—Adiós, pues —dijo el anciano con la mayor solemnidad—. Su lecho de muerte, cuando les llegue la hora, será más amable ante el pensamiento de la paz que han dado al mío.

Arrastrando lentamente su gigantesca figura, salió de la habitación.

—¡Que Dios nos ampare! —Exclamó Holmes después de un prolongado silencio—. ¿Por qué el destino juega estas malas pasadas a esos pobres diablos indefensos?

Cuando me entero de un caso como éste, no puedo evitar el pensar en las palabras de Baxter, y decir: *Allí, nada más por la gracia de Dios, va Sherlock Holmes.*



James McCarthy fue declarado inocente en el juicio definitivo, gracias a la cantidad de objeciones presentadas por Holmes, en su defensa. El viejo Turner vivió siete meses más después de nuestra entrevista, pero ahora ha muerto. Y hay todas las probabilidades del mundo de que su hija y el hijo de su víctima vivan juntos y felices el resto de su existencia, ignorantes de la nube negra que cubre su pasado.

